



Lázaro Gila Medina  
*Pedro de Mena. Escultor 1628-1688.*  
Madrid: Ars Hispanica, 2007, 220 pp.

## Pedro de Mena, Escultor (1628-1688)

POR MARÍA DEL PILAR LÓPEZ

*Instituto de Investigaciones  
Estéticas, Universidad  
Nacional de Colombia*

Este nuevo libro de Lázaro Gila, profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada, presenta un cuidadoso examen de las esculturas que a lo largo de su vida realizó el artista granadino Pedro de Mena y Medrano.

Se compone de una presentación historiográfica del trabajo del artista, de la exposición de su reconocimiento dentro del desarrollo del arte en las ciudades de Granada y Málaga –en las que vivió y trabajó–, de lo que el autor llama su “perfil biográfico” y, por último, de una detallada y documentada presentación de sus obras, clasificadas en cuatro etapas.

El libro reflexiona sobre la historiografía mediante la revisión de escritos que van desde los de Antonio Palomino en el siglo XVIII y Manuel Gómez Moreno en el XIX, pasando por numerosas guías artísticas y catálogos de exposiciones en que se da a conocer la obra de Mena, hasta las investigaciones de María Elena Gómez-Moreno, Martín González, Hernández Díaz, Domingo Sánchez Mesa y Antonio Gallego Burín, en el siglo XX. Estos últimos destacan la obra del artista comparándola a veces con la de su padre, Alonso de Mena, y en otras ocasiones con la de escultores de la talla de Alonso Cano. Por último, en el campo documental, el autor destaca el valioso aporte de Andrés Llordén Simón, quien, gracias a su trabajo de identifica-

ción de obras mediante la revisión de protocolos notariales, contribuye a la realización de una biografía completa del artista. Estos últimos trabajos sirvieron de base para investigaciones extranjeras como las de Angulo Íñiguez en México y Bernarles Ballesteros en Perú. Investigaciones basadas en una amplia documentación, como las de Henares Cuéllar, Julián Gallego, Martín González, José Luis Romero de Torres y Juan Antonio Sánchez López, le aportan otros valores a la obra.

Tomando como centro el arte de la escultura, el autor presenta un panorama histórico de las ciudades de Granada y Málaga en los inicios del Barroco. Destaca el potencial artístico que se fue consolidando en los talleres y en la formación de los artistas, a pesar del breve tiempo que tenía Granada como ciudad cristiana, pues, aunque fueron pocas las innovaciones con respecto a otras localidades, el naturalismo de las figuras, la renovación del color y el aporte a los estudios iconográficos distinguen a esta ciudad dentro del arte español que se desarrolló en el siglo XVII. Gila nos introduce en el diverso y complejo terreno en que se desenvuelve el escultor, quien pasa de una escultura elaborada en diversos materiales a la construcción de una portada, un proyecto de arquitectura efímera o un retablo, realizando, según el mismo Gila, muchas obras con muy poca innovación. El autor alude, más que al trabajo escultórico, al valor que tiene el arte de la madera en Andalucía y al ambiente en el que inicia su obra Pedro de Mena.

Mena trabajó para una amplia clientela. En su obra y en el desarrollo de su trabajo están presentes la religión, la moral y los ideales estéticos que regían el oficio de la escultura. Buscaba la perfección nutriendo sus obras con temas extraídos de fuentes iconográficas tradicionales como la pintura, las estampas y las esculturas, mas no a través de una invención propia de programas y

motivos. Así, ciertos detalles, como el trabajo de policromía –en el cual era virtuoso– le depararon gran reconocimiento personal.

La obra de Gila no solo reconoce la habilidad de Mena en la talla y la fortaleza y el realismo de sus figuras, sino también su dominio de la policromía, aprendido de su padre, Alonso de Mena. Resulta interesante su formación en este campo, ya que contaba con una gran habilidad, escasa en otros escultores, que fue perfeccionando con el tiempo, aunque al final se apoyara en un pintor de esculturas. Así, el realismo de las ropas lo lograba con las formas y estructuras de las telas, por lo general en un solo tono, y, cuando era conveniente, con el arte de la estofa, logrando galones y motivos alusivos a ricos bordados. Sobresalen, también, las carnaciones claras con toques rosados, que se combinan con una serie de postizos para dar una mayor naturalidad y realismo a las figuras. El profesor Gila resalta, además, el trabajo por el que se reconoce la mano de Pedro de Mena: la hábil combinación de talla y policromía en los atuendos de las figuras franciscanas. Los paños, con su tonalidad característica, se lograban destacando, a punta de pincel, la hebra de lana que forma el tejido, a veces irregular y remendado.

Por último, el libro aborda un repertorio de esculturas elaboradas por Mena en dos etapas: la granadina y la malagueña. De la primera, el autor destaca el periodo de aprendizaje en el gran taller de Alonso Cano. La segunda es una etapa de estabilidad, progreso y reconocimiento en que firmó contratos no solo para la Iglesia, la élite nobiliaria y los burgueses de Málaga sino para clientes provenientes de una amplia región que abarcaba a Madrid y Granada. En el texto se menciona algo que rara vez se destaca al estudiar a los artistas: la capacidad de muchos de ellos de formar y administrar empresas.

Varias son las obras que resalta Gila, bien sea por su envergadura o por la calidad de su ejecución y la finura de su realización; un ejemplo es la sillería del coro de la catedral de Málaga, cuya traza inició el escultor y ensamblador Luis Ortiz de Vargas y algunas de cuyas figuras principales realizó José Micael Alfaro; a partir de 1658, Pedro de Mena la continuaría y terminaría. Mena ejecutó asimismo las esculturas de los santos que están ubicadas en los espaldares de las sillas del coro alto, distribuidas en los dos largueros, tanto en el de la epístola como en el del evangelio, y que le dan majestad al conjunto. Según Gila, se trata de un programa contrarreformista, con imágenes de bulto elaboradas con gran destreza y cuidando detalles como los pliegues, los bordados, los tocados y los atributos. También explica la forma en que Mena remata la crestería y otros elementos del coro.

Este libro destaca la inclinación del artista a interpretar temas religiosos y programas de doctrina que en muchos casos sirvieron como referencia para el arte americano. La escultura de bulto de Diego de Alcalá, ubicada en la iglesia del convento de San Antón, en Granada, conjuga la idealización con el realismo, expresa naturalidad en los rostros y posturas y muestra un trabajo virtuoso en las vestimentas, que, armonizando talla y policromía, acercan la imagen a la realidad. Al respecto quiero destacar la reseña que Gila publicó en el número 14 (2008) de la revista *Ensayos* sobre la escultura

de san Antonio de Padua que forma parte de la colección del museo Casa del Marqués de San Jorge, en Bogotá, obra que pudo observar en una de sus visitas a Colombia. En ella reflexiona sobre la gran similitud que encontró, en cuanto al procedimiento técnico y formal, entre el trabajo de Pedro de Mena y el de Medrano, y lo califica de "pequeña joya de la escultura barroca".

Un gran aporte del libro es la inclusión de algunos de los estudios del artista para la elaboración de las esculturas, como los dibujos de los Reyes Católicos en actitud orante, cuyas esculturas debían ubicarse en la catedral de Granada. En estos dibujos se observan el dominio de la composición y la preocupación por los detalles, pues, además de la figura del rey o de la reina en posición orante, el artista se detiene en el dibujo de una repisa y de los ornamentos y atributos monárquicos, entre los que se destaca la granada, que hace alusión a la ciudad y que fue también imagen distintiva del Nuevo Reino de Granada.

Esta publicación resulta de gran interés para futuras investigaciones en Colombia, más aun en vista de que no se ha desarrollado el tema de la historia de la escultura en el arte colonial. Se tienen trabajos parciales, mas no existe una historia documentada en este campo, de modo que es importante estudiar a un artista andaluz que hizo escuela en su tierra y dejó huella, directa o indirectamente, en el medio americano.